



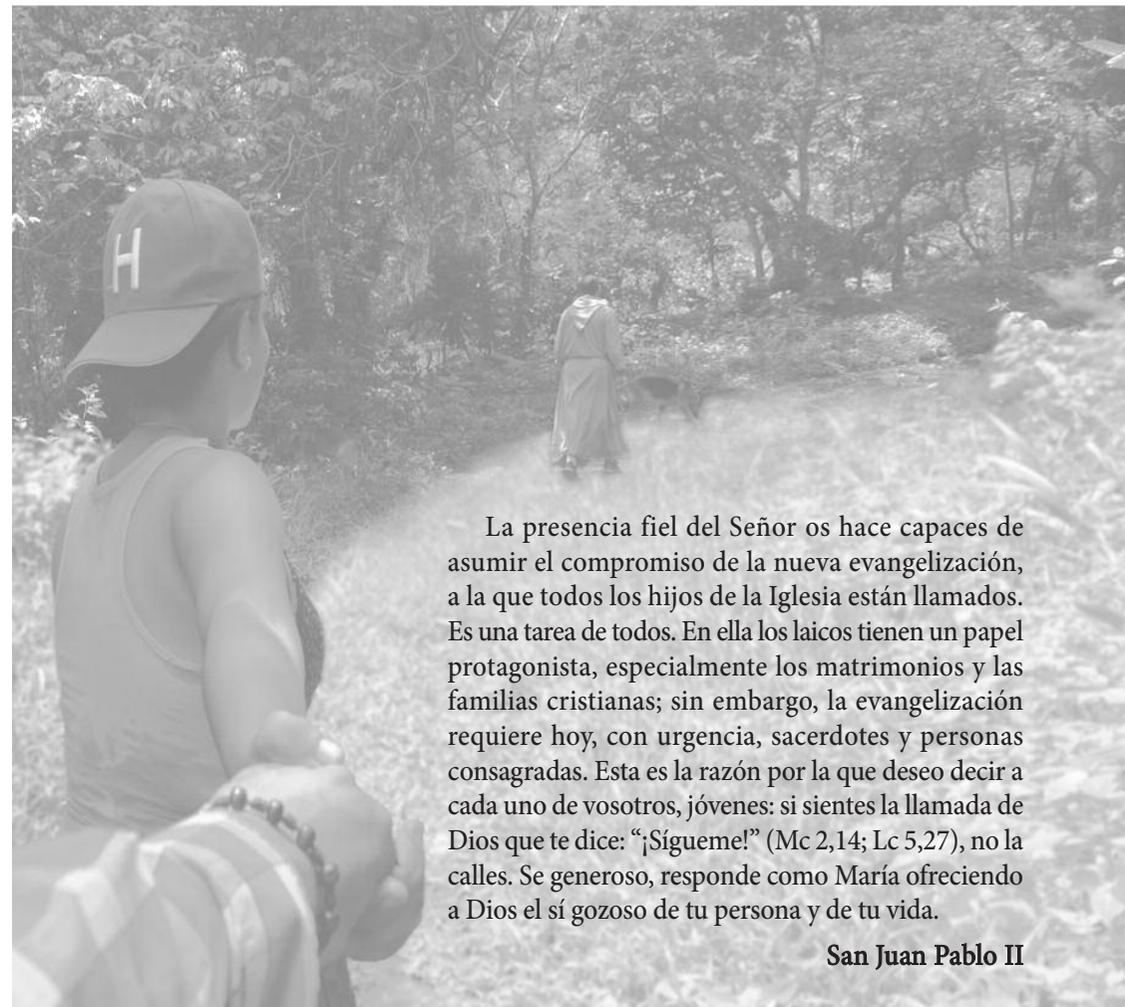
Pero, ¿desde dónde se parte para realizar sueños grandes? De las *grandes decisiones*. De hecho, en el momento del juicio final el Señor se basa en las decisiones que tomamos. Casi parece que no juzga: separa las ovejas de las cabras, pero ser buenos o malos depende de nosotros. Él sólo deduce las consecuencias de nuestras decisiones, las pone de manifiesto y las respeta. Entonces, la vida es el tiempo de las decisiones firmes, fundamentales, eternas. Elecciones banales conducen a una vida banal, elecciones grandes hacen grande la vida. En efecto, nosotros nos convertimos en lo que elegimos, para bien y para mal. Si optamos por Dios nos volvemos cada día más amados y si elegimos amar nos volvemos felices. Es así, porque *la belleza de las decisiones depende del amor*: no olvidar esto. Jesús sabe que si vivimos cerrados e indiferentes nos quedamos paralizados, pero si nos gastamos por los demás nos hacemos libres. El Señor de la vida nos quiere llenos de vida y nos da el secreto de la vida: esta se posee solamente entregándola. Y esta es una regla de vida: la vida se posee, ahora y eternamente, sólo dándola.

*Francisco, Santa Misa en la entrega de la cruz de la JMJ, 22-11-20.*

Este mes voy a plantearme con honestidad delante de Dios cuáles son mis sueños, si en ellos busco sólo mi bienestar o la entrega generosa de mi vida a su voluntad. Qué me mueve en la vida, cuáles son mis grandes decisiones, las que he tomado y las que me queda por tomar.



## PEDID Y SE OS DARÁ



La presencia fiel del Señor os hace capaces de asumir el compromiso de la nueva evangelización, a la que todos los hijos de la Iglesia están llamados. Es una tarea de todos. En ella los laicos tienen un papel protagonista, especialmente los matrimonios y las familias cristianas; sin embargo, la evangelización requiere hoy, con urgencia, sacerdotes y personas consagradas. Esta es la razón por la que deseo decir a cada uno de vosotros, jóvenes: si sientes la llamada de Dios que te dice: “¡Sígueme!” (Mc 2,14; Lc 5,27), no la calles. Se generoso, responde como María ofreciendo a Dios el sí gozoso de tu persona y de tu vida.

**San Juan Pablo II**



**Mt 16. 24-28**

Dijo Jesús a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá, con la gloria de su Padre, entre sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta. En verdad os digo que alguno de los aquí presentes no gustará la muerte hasta que vean al Hijo del hombre en su reino».



¿Quiero realmente entregarme al Señor, aunque tenga que renunciar a lo que me aleja de su voluntad?

Señor, ayúdame a perseverar en cada circunstancia de mi vida.



**Alejandro Ruiz-Mateos Albarracín**

Recuerdo aquel Sábado, 3 de mayo del 2003 de manera muy viva. Como algo muy reciente. Tengo aquel día muy grabado, y por eso me es fácil trasladarme mentalmente hasta allí, y revivir con emoción todo aquello.

San Juan Pablo II convoca a todos los jóvenes de España en Cuatro Vientos. Comenzó el Papa confesando que “deseaba mucho” aquel encuentro con nosotros.

Verdaderamente amaba a los jóvenes con una cierta predilección.

Continuó san Juan Pablo II recordando las palabras que él mismo dirigió a los jóvenes en el Santiago Bernabéu, 20 años atrás: “vosotros sois la esperanza de la Iglesia y de la sociedad. Sigo creyendo en los jóvenes”. Estas palabras enaltecieron aún más a todos los jóvenes que estábamos allí. Sus palabras eran frecuentemente interrumpidas con gritos de júbilo, cantos y vivas al Papa.

Sin embargo, hubo unas palabras que no pudieron ser acalladas por ningún cántico ni aplauso. Unas palabras que se grabaron no sólo en mi corazón, sino también en el de otros muchos jóvenes que estaban allí, y que con el paso de los años descubrí que también su vocación había surgido al escuchar estas mismas palabras: “Si sientes la llamada de Dios que te dice: sígueme, no la acalles. Sé generoso”. Seguidamente, el Papa nos quiso dar su testimonio, comenzado con una pregunta, hecha con mucho sentido del humor. “Fui ordenado sacerdote con 26 años, y han pasado 56, entonces, ¿Cuántos años tiene el Papa?” Con una sonrisa esperaba la respuesta de los jóvenes, que gritaban con insistencia: “eres joven”. Después él mismo respondió a la pregunta: “casi 83”. Los jóvenes gritaban con más fuerza “eres joven”.

“Soy un joven de 83 años”, y entonces sentenció aquellas palabras que cambiaron mi vida y la de muchos: “Al volver la mirada hacia atrás, y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que, vale la pena dedicarse a la causa de Cristo”. En ese momento me dio un vuelco el corazón, y aún hoy se me ponen la piel de gallina. Y continuó diciendo: “y por amor a Él consagrarse al servicio del hombre. Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos”.

Siempre me impresiona pensar cómo esas mismas palabras que fueron escuchadas por millones de jóvenes, a unos nos les supuso nada, y a otros el Espíritu Santo quiso que las escucháramos como dirigidas particularmente a nosotros. Cómo penetraron en nuestro corazón, dando un vuelco en nuestras vidas... Después de un largo caminar, puedo decir que soy sacerdote porque Cristo me llamó a través de un santo.



*Si sientes la llamada de Dios que te dice: sígueme, no la acalles. Sé generoso.*